



El milagro de Navidad

Por: Rosa Valladares Pestaño Ofa 4T



En el valle de Guímar, siempre hace frío llegando a diciembre, un frío que te cala los huesos. En mi casa, un chozo humilde con pocos comodidades y sin apenas abrigos y mantas, vivíamos yo, Guacimara mi padre Antonio o como lo conocen "El pelao", mi madre Josefina "La Kikera" y el pequeño Aitarai.

Mi padre nos dijo el ocho de diciembre a mí y Aitarai: "Tómense la leche de cabra y el gofio". Como buen hombre de Guímar, subí hacia arriba a buscar ya el orzbol que hay que ponerlo ya".

Yo con lágrimas en los ojos le dije: "¿Y con qué adornos pepe?"

Mi padre me soltó - Coge unas piñas y trocitos de madera de pino y los Talare' y ya veremos, no hay dinero Guacimara.

Yo lo tenía claro, quería el orzbol de Navidad más hermoso que existiera junto con los adornos más lindos que había y lo iba a conseguir.

Aitarai y yo pusimos en el morral una peña de gofio y un cachano de azufre. Empezamos a caminar la empinada cuesta arriba y no vimos nada, por lo que Aitarai dijo: "No puedo más, pesada."

- Pescada no, yo quiero un orzbol precioso, dije yo convencida.

- Vale ... dijo resoplando Aitarai.

Por fin, entramos al barranco, es preciso no hay otro igual.

Vimos un castañero y rebuscando entre palos y rostros vi unas castañas.



Nos echamos el pequeño y yo debajo de él y empezamos a comer el sofio y los castañas. La comida nos había enjugado y sacamos el cuchillo y nos echamos un bache de agua.

Nos dejamos embelerar y al abrir los ojos veo a Aitani con la boca abierta mirando al frente. De repente había un óbolo enorme en frente nuestro, era lo más hermoso que había visto en mi corta vida, resplandecía y tenía unos oclares que brillaban parecían de cristal, estrellas doradas como la miel, las luces de todos los colores un orocírcus y estaba sujetado por unas imágenes de niños resplandecientes. Estuvimos un buen rato observándolo y me llegó a mi cabezota la historia que me había contado mi abuela: Que a los niños buenos y con un corazón puro, las almas del barranco de Badajoz les concedían un deseo.

Yo miré asombrada a mi hermano Aitani y le dije es verdad el cuento que contaba nuestra abuelita, nuestro deseo había sido concedido.

El óbolo era ahora parte de nuestra historia.

Mi hermano y yo no los colgamos al hombre y ¡mira que pesaba el condenado!, pero la alegría de traerlo hizo corto el camino, al llegar nuestros padres El pelao y la Kitara sonrieron al vernos, pues ellos esperaban el milagro del Barranco.

